



ÉL ES UN DIOS DE VIVIENTES

Domingo XXXII del Tiempo Ordinario



2Mac 6, 1; 7, 1-2.9-14 | Sal 16, 1.5-6.8b.15 | 2Tes 2, 16—3, 5

Evangelio según san Lucas 20, 27-38 o 20, 34-38

Se le acercaron algunos saduceos, que niegan la resurrección, y le dijeron: Maestro, Moisés nos ha ordenado: Si alguien está casado y muere sin tener hijos, que su hermano, para darle descendencia, se case con la viuda. Ahora bien, había siete hermanos. El primero se casó y murió sin tener hijos. El segundo se casó con la viuda, y luego el tercero. Y así murieron los siete sin dejar descendencia. Finalmente, también murió la mujer. Cuando resuciten los muertos, ¿de quién será esposa, ya que los siete la tuvieron por mujer? Jesús les respondió: En este mundo los hombres y las mujeres se casan, pero los que sean juzgados dignos de participar del mundo futuro y de la resurrección, no se casarán. Ya no pueden morir, porque son semejantes a los ángeles y son hijos de Dios, al ser hijos de la resurrección. Que los muertos van a resucitar, Moisés lo ha dado a entender en el pasaje de la zarza, cuando llama al Señor el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob. Porque Él no es un Dios de muertos, sino de vivientes; todos, en efecto, viven para Él.



Dios no deja de revelarse

Los saduceos eran los más conservadores en el judaísmo de la época de Jesús. Pero solo en sus ideas, no en su conducta. Para ellos no existía otra vida, la única vida que existía era la presente, y en ella eran realmente los privilegiados –tal vez por eso, pensaban que no había que esperar otra–.

Los fariseos eran lo opuesto a ellos, tanto en sus esperanzas como en su estilo de vida austero y apegado a la ley de la pureza. Una de las convicciones que tenían más firmemente arraigadas era la fe en la resurrección.

Jesús estaba ya en la recta final de su vida pública. El último servicio que estaba haciendo a la Causa del Reino –en lo que se jugaba la vida– era desenmascarar las intenciones torcidas de los grupos religiosos de su tiempo.

A medida que el año litúrgico llega a su fin quizá valga la pena preguntarse: ¿qué aspectos de mi fe debería purificar, transformar y repensar?



Dicen que creen en Dios

“Dicen que creen en Dios,

pero venden al pobre como a un par de gorriones...

Dicen que creen en Dios,

pero han hecho del Templo una cueva de ladrones...

Dicen que es culto a Dios,

pero solo piensan en dinero, comercio y posesiones...

Dicen que creen en Dios...

¿Y acaso ven al pueblo que sufre mil dolores?

¡No mientan más!

No agobien a mi pueblo con ley y prescripciones.

¡No mientan más!

¡Dejen de usar mi Nombre para justificar sus opresiones!

¡Sepan que yo soy Yavé, Dios de la Vida y Padre de los pobres!”.

(Dios camina con nosotros. Libro guía 2,

Marta Boiocchi, Editorial Claretiana, 2a ed. 2014).



El amor durará para siempre

La posición de Jesús en este debate con los saduceos puede sernos iluminadora para los tiempos actuales. Como a aquellos saduceos, tal vez hoy Jesús nos dice a nosotros: *no saben ustedes de qué están hablando...* Tal vez nos vendría bien a nosotros una sacudida como la que dio Jesús a los saduceos.

Al tratar sobre la vida eterna es importante recordar que no se puede hablar de las cosas celestiales si no es mediante el recurso de la analogía. Los literalismos, especialmente en cuestiones de fe, son peligrosos.

De las enseñanzas de la Palabra de Dios y del magisterio de la Iglesia aprendemos que la resurrección es participar de la vida de Cristo resucitado, llevando una existencia como la de Él. Todas las cosas pasan, también tendrán un término la fe y la esperanza, pero el amor que tengamos y ofrezcamos a otros durará para siempre.

SEMILLERO

Compartimos dos breves aportes para seguir comprendiendo el contexto socio-político en el que Jesús predica y anuncia cada mensaje de la Buena Noticia. Este fragmento está extraído de una obra perteneciente a la colección Proyecto Palabra Misión. Un material sumamente valioso que sigue el método de la lectura orante y fue elaborado a partir de la experiencia comunitaria. Con aportes literarios, históricos y teológicos actuales, sugiere una lectura personal y grupal.

Imperio Romano y Reino de Dios

“Dentro de la nación judía, sometida al poder imperial, el vértice de la pirámide social es ocupada por los saduceos que colaboran con la política de Roma y aceptan la integración de Israel al Imperio con leyes propias que debían ser aplicadas severamente. Dichas leyes son para ellos solamente las consignadas en la Torah escrita de Moisés, interpretada por los sacerdotes.

Se oponen a toda nueva fe y doctrina y a toda libre interpretación porque ello podría dañar los derechos y prerrogativas sacerdotales.

Organizado en torno al sumo sacerdote, este grupo estaba constituido por la aristocracia sacerdotal y los grandes propietarios de la nación y aunque las personas que desempeñaban el sumo sacerdocio no gozaban de estabilidad plena, la función permanecía en manos de un reducido grupo de familias.

El poderío económico de estas iba en continuo aumento gracias a los privilegios anexos al cargo como eran, entre otros, las licencias de instalación de puestos comerciales.

Quizás los Herodianos fueran ciertos miembros de este grupo saduceo (por ello quizás Mateo 16, 6 sustituye con saduceos el Herodes de Mc 8, 15), como creen algunos, o, según otra opinión, de otros grupos judíos que apoyaban las pretensiones mesiánicas de Herodes.

La dura política fiscal, la progresiva concentración de la propiedad y algunas calamidades naturales hicieron que la situación fuera experimentada negativamente por estratos cada vez más extensos de la población que se oponían a las pretensiones mesiánicas de Herodes desde las expectativas de las promesas referentes al Reino de Dios.

El Reinado de Dios no es falsa radicalidad

No se debe pretender lo imposible: que haya sembrados sin maleza (Mt 13, 24-30).

Los grupos de poder del tiempo de Jesús estaban todos contaminados de falsa radicalidad. Los unos –fariseos y esenios– eran separatistas: les costaba convivir con quienes ellos creían impuros.

Los otros –saduceos, herodianos y zelotes– eran grupos eliminadores: o mataban a quienes amenazaban su poder (el poder del Sumo Sacerdocio de los Saduceos... el poder de la monarquía de los Herodianos...), o eliminaban a quienes fueran contrarios a sus planes de conquista del poder político por las armas (los zelotes).

La experiencia que Jesús tenía de la acción de Dios era totalmente contraria a esta falsa e injusta radicalidad. Jesús sabía que Dios acontecía sembrando respeto por el otro y creando paciencia para con aquellos que no tenían la calidad que alguien creía deberían tener. El fruto del acontecer de Dios en Jesús era su mentalidad pluralista, contra el fanatismo y la violencia de la mentalidad separatista”.

(Les hablaba del Reino de Dios, Félix Cisterna, Editorial Claretiana, 2004).